

x UNAMUNO, Miguel de: *Mi confesión*. Edición y estudio de Alicia Villar. Sígueme, Salamanca, 2011. 142 pp.

Dice Don Miguel de Unamuno: «Pienso en voz alta, cierto es, y doy todo lo que pienso, vacío en mis libros, notas y apuntes tomados acá y allá». Es el pensador vasco un autor de entrega fervorosa y amplia producción, por necesidad íntima y por requerimientos externos, que de todos sabe y

con todos habla, discute, propone y dispone. Toda una figura de su tiempo, pero también del nuestro, pues muchas de sus enseñanzas pueden aplicarse bien a nuestras preguntas actuales. Pero su figura, lejos de verse con la claridad con la que muchos presentan el pensamiento unamuniano como ya sabido y superado, aún tiene muchas oscuridades que son de justicia sacar a la luz. Su talante contradictorio, la variedad de los temas que trató y las diferentes perspectivas, siempre profundamente personales, y en ocasiones agónicas, hacen que Unamuno siempre pueda ser revisitado y visitado por primera vez. Este es el caso de este escrito, *Mi confesión*, inédito recuperado por la Dra. Alicia Villar y trabajado en este volumen pronto conocerá la segunda edición que cuenta, además de con una transcripción del mismo, con un estudio de la editora y una colección de 20 cartas, 19 de Unamuno y una dirigida a él, que nos sitúan en su contexto y contestan a las preguntas que el texto citado deja abiertas.

Esta confesión, fechada antes de septiembre de 1904, se encontró en un manuscrito que consta de diecinueve folios numerados y escritos por las dos caras, salvo la última. Tras una introducción, el texto se subdivide en partes de desigual proporción marcando con unas líneas horizontales los cambios de tema, marcas del propio Unamuno. Sólo se da especial entidad a un apartado que titula «Verdad y vida», parte final de un texto que queda inconcluso. Alicia Villar ha respetado, aunque a pie de página para facilitar la lectura, las correcciones y adiciones de Unamuno.

*Mi confesión* como un escrito apasionado, un «vaciado» más, un verterse del vasco en la tinta y el papel recorriendo las claves de su vida y su filosofía. Digo que es uno más porque los temas principales que aquí se tocan son gérmenes de los más extensos desarrollos posteriores en *Vida de Don Quijote y Sancho* y *Del sentimiento trágico de la vida*, de tal manera que el conocedor de su obra no encontrará aquí casi nada que no haya leído ya de Unamuno. Hay acercamientos al tema del erostratismo, críticas al intelectualismo, su visión de la religión, su retrato de don Quijote y, ante todo, la pelea entre el vivir y la nada, la razón y el sentimiento, la llamada al vivir la vida con pasión, «Vivir como si todo fuera nuevo, poner en todo lo que se emprenda alma [...] La labor más grande es siempre la del momento: la eternidad se llama ahora y el infinito aquí».

¿Cuál es entonces la valía del texto? A mi juicio es, sin menosprecio al contenido, la forma: la confesión. Ésta tendría tres claves: la necesidad, la sinceridad y la decisión. La necesidad porque es palpable la necesidad de ser escuchado, de ser en los demás, aspecto profundamente unamuniano, especialmente en este caso por los que sitúa como interlocutores: los jóvenes hispanos. Sí se percibe cierta urgencia de clarificación y desarrollo y reafirmación de sus ideas en un momento vital convulso, en primer lugar por estar ya cercano a unos cuarenta años en los que ve alejarse su juventud y porque, como señala la autora, «Fue por estas fechas cuando don

Miguel, cansado de la campaña para su destitución, comenzó a pensar en irse a Argentina, donde era conocido desde 1899 por sus colaboraciones habituales en el diario *La Nación*. La segunda clave sería la sinceridad porque en la confesión todo está dispuesto sin criba, en una entrega y un desbordamiento respecto al que no niega la contradicción y la lucha personal que le suponen. Está escrita desde una rendición a la «voz imperativa de mis entrañas», de tal manera que su modo de actuar queda definido así: «me vierto y me prodigo, seguro de que enriquece más el dar que no el recibir», y se puede ver en todos los aspectos tratados. Y por último, la decisión. Se puede apreciar que es una confesión decidida, de quien escribe lo que tiene que escribir, de quien sabe que aunque sea camino difícil —y no hay más que leer sus cartas para reconocer que en esos años vivía un caminar complicado— es el camino a seguir y se pronuncia con absoluta confianza: «Pienso en voz alta y escribo luego cuanto pienso, con todo y no ser todo lo pensado digno de la publicidad».

La tercera razón por la que este escrito merece ser tenido en cuenta es la edición misma. Ya decía Unamuno que para conocer la filosofía había que conocer al autor de carne y hueso que tenía detrás. Pues bien, la Dra. Villar nos expone, con una cuidada selección de cartas y a través de su estudio, todos los avatares de la redacción de este escrito: por qué habla de lo que habla, por qué esa perspectiva, por qué el estar inconcluso. Ilumina aquellas cuestiones que podrían dejarse en segundo plano y que luego resultan esenciales no sólo para entender este texto que nos ocupa, sino también la trayectoria vital y profesional de Unamuno en estos años —1902-1904— y los venideros. Las epístolas están dirigidas a diferentes personalidades del momento: Federico Urales, Manuel Ugarte, Leopoldo Gutiérrez Abascal, Pedro Jiménez de Ilundáin, Andrés Bellogín, Bernardo G. de Candamo, Cipriano de Castro, Salvador Padilla, José Ortega Munilla, Juan Maragall, el Obispo de Salamanca, Pedro Múgica, José Enrique Rodó, Guillermo C. Morris y Luis de Zulueta. Sólo una al propio Unamuno, escrita por el Obispo de Salamanca. Es fundamentalmente a través de ellas donde justifica todo el análisis Alicia Villar.

En definitiva, la publicación de este inédito, además de ser razón de profunda alegría para los interesados en la obra y la persona de su autor, es una oportunidad excelente para descubrir un aspecto más de este polidrico autor y para constatar que, en contra de lo que parezca y por muchos unamunólogos que aparezcan, aún queda mucho por aclarar y descubrir en la figura de Don Miguel de Unamuno. Y a mi juicio, aún queda un paso más grande y más importante: aplicar sus enseñanzas, muchas de ellas de gran valía en el momento actual, y hacer, como él quería, que viva con y en nosotros.

Clara Fernández Díaz-Rincón